

Santa Misa del día de Navidad

(Venecia, Basílica Patriarcal de San Marcos - 25 de diciembre de 2021)

Homilía del Patriarca Francesco Moraglia

Queridos hermanos,

todos podemos escuchar la buena noticia de salvación que, una vez más, resuena en este día de Navidad en un momento en el que nuestra Iglesia, junto con las otras, está comprometida en el camino sinodal.

El Sínodo, como nos recordó el Santo Padre Francisco, "no es una indagación de opiniones; el Sínodo es un momento eclesial, y el protagonista del Sínodo es el Espíritu Santo "(Papa Francisco, Discurso con motivo del momento de reflexión para el inicio del camino sinodal, 9 de octubre de 2021). Juntos, todos podemos caminar de acuerdo con este espíritu.

La liturgia evidencia que "un niño nos es nacido, un hijo nos es dado" (Isaias 9, 5). Y Jesús, nacido niño, luego nacido como hombre en Belén, es el Hijo de Dios que -como la carta a los Hebreos acaba de proclamar- es "la irradiación de su gloria y la impronta de su sustancia, y sostiene todo con sus poderosas palabras"(Hebreos 1: 3).

La primera lectura - del llamado "Deutero Isaías" - contiene las profecías del tiempo del exilio en Babilonia, en la que se canta la belleza y la alegría del anuncio de este día y de quienes lo llevan: "Qué hermosos son sobre los montes, los pies del mensajero que proclama la paz que anuncia la buena noticia , que pregona la justicia , que dice a Sión: «Tu Dios reina»(Is 52,7).

El prólogo del Evangelio de Juan nos lleva luego al "corazón" del acontecimiento navideño que es la "luz" que "brilla en las tinieblas" (Jn 1,5), "la luz verdadera, la que ilumina a todo hombre" (Jn 1.9). Y en los versos centrales resuena el contenido - no reconocido por todos - de la salvación, de este anuncio del bien: "Entre los suyos vino, y los suyos no le aceptaron.

Pero a los que le acogieron les dio poder para ser hijos de Dios: a los que creen en su nombre, que, no por sangre ni por voluntad de carne ni por voluntad de hombre, sino por Dios, fueron engendrados. Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros... "(Jn 1,11-14).

En Navidad, Dios entra en el mundo según la medida del hombre, a través de nuestra medida humana, pero no en el sentido de que Dios es la proyección del alma humana, de los deseos, expectativas y necesidades de los hombres. La realidad, más bien, es que Dios - en Navidad - condesciende al hombre, alcanzándolo incluso en su carnalidad y así Dios dialoga con él de manera humana, a través de la carne.

En las Escrituras, y lo vemos en particular en las cartas paulinas, el término "carne" adquiere dos significados. En el primero, la "carne" está relacionada con el pecado y, por lo tanto, necesita la salvación: "... lo que era imposible para la Ley, impotente por la carne, Dios lo hizo posible - dice el capítulo octavo de la carta a los Romanos: al enviar a su propio Hijo en una carne semejante a la del pecado y a causa del pecado, condenó al pecado en la carne, para que la justicia de la ley se cumpliera en nosotros, que no andamos según la carne, sino según el Espíritu "(Rom 8, 3-4).

Inmediatamente después encontramos el otro significado del término "carne", que es la realidad humana que nos une y caracteriza: "Me gustaría (..) ser anatema yo mismo, separado de Cristo en beneficio de mis hermanos, mis parientes consanguíneos. según la carne. Son israelitas y tienen adopción como hijos, gloria, pactos, legislación, adoración, promesas; los patriarcas son de ellos y de ellos viene Cristo según la carne, el que es sobre todas las cosas, Dios bendito por los siglos "(Rm 9,3-5).

Sabemos que el hombre no es un ángel. Incluso en el acto más espiritual (oración) o en el acto más intelectual (abstracción filosófica), el hombre está involucrado carnalmente; lo que antes no estaba en los sentidos no se da en la mente.

La oración en sí misma no es un pensamiento vago sobre Dios y, de hecho, se ora siempre a partir de la propia historia, de la vida personal; rezamos con el cuerpo, individualmente y con la comunidad que, a su vez, es

el resultado de un encuentro que tiene lugar entre las personas individuales en la corporeidad, a través y gracias al propio cuerpo.

La carne, por lo tanto, no es sólo la carne del pecado y ni siquiera es mera materialidad inanimada, sino que, con el Espíritu, es la realidad - éste es el significado de la palabra "carnalidad" - que nos caracteriza humanamente y que entra en nuestra relacionalidad, como le ocurre a Jesús que nace "según la carne" y así entra en la historia a través de la carne humana.

El hombre es "otro" respecto a Dios, pero no es el "totalmente otro"; ciertamente es "otro" que Dios en su vida espiritual (alma) y carnal (corporeidad), sin embargo, tanto el alma como el cuerpo del hombre derivan de Dios.

Sí, el espíritu y la carne provienen de Dios y el hombre es exactamente esta realidad. Así, la Navidad es una respuesta al hombre entendido en la totalidad de su ser. Por eso, en Navidad, Dios se hizo carne: "... el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros ..." (Jn 1, 14). En Navidad hablamos en términos espirituales y corporales, alma y cuerpo, en un contexto de unidad.

Tertuliano, autor cristiano del siglo III, afirma: "Caro salutis est cardo" (Tertuliano, De carnis resurrectione, 8,3: PL 2.806); "la carne es el quicio de la salvación ".Y esto ocurre precisamente a partir de la encarnación que representa el gran elemento que diferencia -en las tres religiones monoteístas- el cristianismo del judaísmo y el islam; no es la existencia de Dios o el anhelo de salvación lo que marca la diferencia, sino la encarnación.

En efecto, es precisamente de todas las grandes religiones afirmar la existencia de Dios e indicar un camino de salvación para la humanidad, pero lo que hace única a la fe cristiana es precisamente la Navidad.

La Navidad, entonces, es también el "acercamiento" apropiado para interceptar los sentimientos profundos de las personas y las comunidades, especialmente cuando todavía estamos viviendo una época de sufrimiento y

fatiga que pensamos que estaba destinada solo a los libros de historia. La pandemia también nos ha despertado de esta ilusión.

El asombro entra en escena en Navidad. Hay una figura singular que, en algunas tradiciones, se coloca en el pesebre frente a la cabaña de Jesús, el Salvador: es el "pastor de maravilla", un pastor con los ojos muy abiertos y los brazos extendidos, que no lleva nada con él mismo, ni los frutos del campo ni un cordero, ni siquiera una prenda para calentar al niño que nació.. Nada, solo trae su asombro con la mirada fija en la cabaña; es la figurilla que dice qué es la Navidad.

Al mismo tiempo, siempre en Navidad, experimentamos la presencia del pecado que abunda y parece crecer cada vez más en el mundo. Es la liturgia del 26 y 28 de diciembre la que pone de relieve esto, proponiendo el martirio de San Esteban (protomártir) y de los santos niños inocentes.

Sí, pecamos cada vez más y lo que más nos preocupa en ciertos períodos históricos -y el nuestro, quizás, sea uno de ellos- es que una vez tuviste un sentimiento de pecado, es decir, pecaste sabiendo que estabas pecando, pero ahora ya no es el caso. Si se pierde el sentido del pecado, cuando se llega a negar la existencia de Dios y por lo tanto ya no se considera la maldad moral del hombre, las consecuencias son trágicas.

El escritor ruso Fyodor Dostoievski -cuyo 200 aniversario de su nacimiento se acaba de recordar - lo describió bien, especialmente en textos como "Crimen y castigo" y "Los hermanos Karamazov".

A veces, el objetivo no es sólo excluir a Dios de la vida social, sino también del propio pensamiento del hombre, como para certificar y confirmar que "Dios está muerto" del filósofo alemán Friedrich Nietzsche

Ante el creciente mal y los muchos sufrimientos que padece aún hoy la humanidad, decimos que todo esto no es el resultado de un castigo o un capricho de Dios sino que es fruto del pecado y de la negación de Dios.

Dios nunca es el autor y defensor de la muerte; el que "creó al hombre para la incorrupción, lo hizo imagen de su propia naturaleza". Pero por la envidia del diablo entró la muerte en el mundo y los que pertenecen a él la

experimentan "(Sab 2, 23-24), dice el libro de la Sabiduría, y los males del mundo son más bien la consecuencia de un alejamiento de Dios. Y de haber construido una humanidad indiferente o en oposición, abierta u oculta, al plan de Dios y a la creación diseñada y querida por El.

La revelación cristiana es clara: cuando uno se aparta de Dios, el autor de la vida, y se rebela, entonces se construye al hombre y la ciudad del hombre contra y sin Dios; el mundo y el hombre caen al vacío (vease capítulo 3 del Génesis / pecado original).

La enseñanza que nos llega de la historia de la salvación y hoy de la Navidad nos lleva a decir que Dios creó al hombre como una "buena realidad", más aún "muy buena" (Gn 1, 31). Y Dios, habiendo realizado el acto creador, "se apartó" del mundo por así decirlo y dio un paso atrás, confiando todo al hombre para que el hombre -su imagen- fuera su guardián y el que debería haber hecho crecer el mundo.

De alguna manera, por lo tanto, el buen progreso, la salvación y la muerte del mundo dependen del hombre y luego, en Navidad, Dios se hace hombre porque solo a través del hombre, al que había dado el mundo, puede encontrar cumplimiento a las obras de su creación y el mundo podrá salvarse.

Aquí resurge el perenne entrelazamiento entre libertad y responsabilidad del hombre, llamado por vocación a custodiar y hacer crecer el mundo que, por tanto, a través del hombre, puede caer en el abismo de la muerte o ser salvado y devuelto a Dios.

En "El misterio de los santos inocentes", escrito por Charles Péguy en 1912, es Dios Padre quien habla y recuerda la oración que más le agrada, la que Jesús - Verbo encarnado - enseñó y quiso dejar a sus discípulos. .

El texto dice: "Padre nuestro que estás en los cielos. Por supuesto, es Dios quien habla, cuando un hombre comienza de esta manera, puede continuar hablándome como le guste. También ves, estoy desarmado. Mi Hijo lo sabía bien ... Mi hijo que tanto los amó, que los ama eternamente en el cielo. Sabía lo que estaba haciendo ese día, mi hijo que los ama tanto.

Cuando puso esta barrera entre ellos y yo. Padre nuestro que estás en los cielos, estas tres o cuatro palabras. Esta barrera que mi ira y quizás mi justicia nunca cruzarán. Bienaventurado el que se duerme al amparo de las murallas de estas tres o cuatro palabras ... Estas tres o cuatro palabras que me conquistan, yo, el invencible "(Charles Péguy," El misterio de los santos inocentes ")".

Hagamos nuestra y redescubramos la belleza y la fuerza de la oración de Jesús, Hijo de Dios e Hijo del hombre; El Padre Nuestro es la oración que esta Navidad queremos poner en el centro de nuestra vida, al principio y al final de nuestros días y en cada momento en que sentimos la necesidad de recuperar la relación con Dios.

¡Feliz Navidad a todos!